

Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven

VOLUMEN I 'Resurrección'



Capítulo I



~Eden era su único igual. Envuelto en una niebla aún quieta, el tranquilo bosque de montaña podría haber servido como un paraíso perfecto e impoluto, incluso la Creación Incorrupta. Pájaros ruidosos revoloteaban en un espeso dosel de verde, y el sol de la mañana se filtraba entre las copas de los árboles, proyectando fragmentos de luz oblicua de colores a través de la bruma. Una y otra vez, la niebla se abría para un animal errante que inspeccionaba raíces y larvas, solo para engullir a la criatura una vez más y convertirse en lo que había sido, una pared diáfana ininterrumpida. Una sola hoja giraba perezosamente en espiral a través de rayos de sol, desapareciendo en la niebla. Una hoja siguió a la primera, y luego a otra. Los pájaros enmudecieron, la luz del sol se atenuó.

Y así comenzó.

La niebla comenzó a agitarse con la huida de la fauna silvestre, y hojas, ramitas y plumas llovieron desde

Los árboles, como bandadas de pájaros brillantes, se elevaron hacia el cielo. Las montañas retumbaron y los árboles se mecieron mientras la tierra resonaba como un gong. En el punto álgido de ese ominoso tañido, una estampida de horribles seres alados se abalanzó sobre la cima de la montaña. Algunos, cíclopes, se alzaban tan altos como árboles. Otros, parecidos a quimeras, no eran más altos que un niño. Todos vestían atuendos de batalla, sus alas membranosas se agitaban con agitación, sus garras empuñaban espadas y escudos. Por miles, la hueste de Damons: hordas de ángeles, gigantes y grotescos, que eran los Grigori, Nephilim, Eljo, titanes, gorgonas y cíclopes, se precipitaron montaña abajo como uno solo: una avalancha de destrucción. Al frente de la furiosa llamarada, una banda de ángeles furiosos con ojos completamente negros guió a la multitud descendente hacia el valle sombrío, abriendo una amplia franja a lo largo de la pendiente y aplastando el bosque. Ningún ser vivo quedó en pie tras el paso de aquella legión impía. Luego, tan repentinamente como llegó, el caos se desvaneció de repente.

Un nuevo silencio se apoderó del paisaje devastado, tan absoluto como la destrucción que lo había asolado desde entonces. Finalmente, el gong resonó mientras la tierra comenzaba a gemir con el paso de una segunda multitud. Cruzando la montaña, apareció otra legión de ángeles, ataviados de forma muy similar a la primera horda, pero con diferencias suficientes como para ser clasificados como una especie completamente distinta. Estas criaturas se parecían más a hombres y mujeres de gran tamaño que a Damons y otras formas grotescas e impías; y aunque sus ojos eran igualmente negros, reflejaban más atención que ira.

La multitud de criaturas se detuvo en la cima de la montaña, contemplando la devastación que se extendía a sus pies. El ángel líder, Miguel, se giró y habló con una voz que resonó como un coro de miles. “Aquí se teje un engaño : ¡ permanecen!” Volviéndose hacia la pendiente aparentemente abandonada que se extendía abajo, bramó: “¡Semjaza, no tendrás paz! ¡Deshaz tu encantamiento! ¡Cerberos! ¡Araqiel! No hubo respuesta. ¡Muéstrense! ¡Por orden del Trono! —rugió el Ángel.

Dos legiones más de ángeles descendieron de los cielos, su número casi borrando el sol antes de iluminar entre la formación de Miguel. Estos eran los ejércitos de Gabriel y Rafael. Miguel se dirigió a ellos, diciendo: “Semjaza y sus legiones están abajo. Cerbero también nos ha traicionado, ya que se alió con las filas de...

De repente, un árbol caído se convirtió en el ángel Araquel, revelando su verdadera forma mientras se lanzaba hacia Miguel.

—¡Miguel! —advirtió Rafael.

Michael giró y blandió su espada en un solo movimiento. Araquel se abalanzó sobre él, atacándolo con su espada y gritando mientras la hoja de Michael la atravesaba. Cayó al suelo y se desintegró en una furiosa nube de polvo que se disolvía.

—¡Semjaza! —gritó Michael—. Tu engaño no te eximirá del juicio. —Salió a un claro—. Aquí habrá otra puerta —exclamó Michael, clavando su espada en el suelo. De nuevo, la montaña tembló cuando Michael retiró la brillante hoja, y la sangre brotó de la tierra herida.

Un grito rasgó el aire, y lo que parecía una roca se convirtió en la figura tambaleante de Semjaza, agarrándose una herida abierta en el pecho. «¡Cerbero!» , gritó. «¡Rompe la espada! ¡Cierra la herida!». Al caer Semjaza, su hechizo se rompió y el paisaje se transformó. Donde antes yacían árboles caídos y rocas esparcidas, ahora se alzaba la legión de Damons —miles de ellos— agazapados en la ladera devastada de la montaña. Al instante, uno de ellos ascendió a toda velocidad por la ladera de la montaña: un ángel espantoso con tres cabezas parecidas a las de un perro, dientes rechinantes y la cola de una serpiente que se agitaba como un látigo: Cerbero. Los vientos se intensificaron con fuerza de tempestad y las nubes se arremolinaron en un cielo que se oscurecía rápidamente.

“¡Ezequeel!” gritó Semjaza. “¡Las nubes! ¡Rompe la espada!” Semjaza rodó una corta distancia, murió y se convirtió en una nube de polvo. El ejército de Semjaza se lanzó al ataque, Siguiendo a Cerbero ladera arriba hacia Miguel. Con calma, las tres legiones en la cima retrocedieron, se arrodillaron e inclinaron la cabeza. Un vórtice negro descendió de nubes arremolinadas, cayendo hacia la tierra. El suelo se estremeció y una roca surgió de la herida sangrante que la espada de Miguel había abierto. El vórtice envolvió la piedra tosca y la pulió hasta dejarla negra, dándole forma e inscribiéndola en un torbellino de movimiento. Del caos emergió un rectángulo pulido, grabado en sus cinco superficies con cientos de filas de intrincados símbolos circulares y lineales.

El monolito emergente convirtió el avance de Cerbero en una derrota. La legión atacante se dio la vuelta al unísono y retrocedió montaña abajo, el terror reemplazando la sed de sangre en sus ojos negros, pero ya era demasiado tarde. El portal estaba completo. Los ángeles que huían disminuyeron la velocidad como si el aire se hubiera vuelto viscoso, disminuyeron la velocidad y luego se detuvieron mientras luchaban por escapar. El torbellino los absorbió, arrastrándolos inexorablemente hacia su centro hasta que cada uno fue engullido por el monolito. Cuando el último desapareció, el corazón del monolito se consumió en llamas, dejando un enorme agujero en su centro. El vórtice ascendió a los cielos y las nubes redujeron su velocidad. En el silencio, los ángeles pudieron oír el silbido del vapor que subía del portal recién creado.

El liso monolito negro se alzaba diez pies de alto por cinco pies de ancho por dos pies de profundidad, cada centímetro visible cubierto de versículos en el lenguaje de los ángeles y del mismo Dios. La superficie negra y cristalina del monolito era tan perfectamente lisa como el mejor espejo, y el orificio central tenía una forma impecable, de un pie de diámetro y que atravesaba la piedra a lo ancho.

El sello de piedra era perfecto.

Los ángeles arrodillados se pusieron de pie. Miguel se volvió hacia Gabriel. «Los Vigilantes restantes están ocultos en las colinas de Uhr». Gabriel blandió su espada y ascendió la ladera de la montaña. —Gabriel —le gritó Michael.

Gabriel echó un vistazo por encima del hombro sin detenerse, mientras Miguel añadía: «Deben ser asesinados con sus propias espadas, por orden del Trono». Gabriel asintió en señal de afirmación, saltó sobre una gran piedra y gritó por encima de las cabezas de su legión: «¡Al valle de Uhr! ¡Al último Grigori!». Gabriel se dirigió con furia hacia el horizonte occidental, con su legión pisándole los talones.

—¿Y adónde ha huido Azazel, Michael? —preguntó Rafael con voz unánime. —Ha volado a las montañas desérticas de Haradán —respondió Michael—. Ha jurado... una alianza con Lucifael. Azazel apoya su pretensión al trono a cambio de protección en sus filas más numerosas”. Michael inspeccionó el monolito silbante. Los dos rodearon el sello de piedra mientras Michael continuaba: “Y las numerosas legiones de Batarel pronto llenarán sus filas”. Michael se detuvo en seco y miró a Raphael; una ceja preocupada recorrió su rostro. rostro. “Si se unen, Lucifael obtendrá los efectivos que necesita. Los Nefilim también fortalecerán sus filas; y ella anhela el Trono por encima de todo.”

Rafael se giró y bramó sobre sus vastas filas celestiales de espadas y alas: «¡Avanzamos contra las legiones de Batarel y las hordas de Nefilim restantes!». La mitad de los ángeles irrumpieron en los cielos orientales, cerrando filas aéreas tras Rafael.

Entonces Michael ordenó al resto: «¡Alineaos para atacar a las nuevas legiones de Lucifael! Nos espera; ¡pero el Trono ilumina nuestro camino! Como antes, primero mataremos a los gigantes y a los Damons terrenales. ¡Avanzaremos como uno solo, no os demoréis!». Una nube de alas blancas y armaduras relucientes se elevó hacia el cielo tras Michael, abandonando el sello que los presidía.

Y así permaneció el sello durante casi seiscientos siglos, oculto por el paso del tiempo y los elementos, cubierto primero de polvo y luego de capas de tierra y roca. Incrustado en el continente asiático, permaneció inactivo mientras las décadas transcurrían como efímeras chinas en celo.

Tras la caída de los Vigilantes y los Grigori, aquellos ángeles que velaban por los asuntos terrenales, solo el Hombre quedó para cuidar de la tierra. Y así lo hizo durante muchas generaciones. Entonces, mientras cuidaba sus jardines, el Hombre descubrió por casualidad la puerta enterrada. Sabiendo que para ser de origen divino, Él eliminó los siglos y lo consagró, construyendo un templo sobre él. Durante medio milenio más, Él mantuvo el artefacto en secreto, lo veneró y modeló su vida en torno a ello, hasta que llegó el día en que se volvió lo suficientemente sabio como para abrir

el sello y, sin embargo, siguió siendo lo suficientemente tonto como para intentarlo.

~*~

China central ~ junio de 1331

Cientos de palomas se alineaban en el enorme techo de un ornamentado templo chino, cacareando y picoteándose unas a otras mientras intentaban reclamar más espacio en la escasa cornisa. y de nuevo, un solo pájaro revoloteó desde la cresta congestionada, dio un amplio rodeo y se reincorporó a la multitud se perdía entre la masa. Debajo del saliente, décadas de excremento de paloma habían cubierto las superficies de piedra de manchas grises y blancas. Estatuas de piedra, erguidas sobre plataformas espaciadas uniformemente, sobresalían del estante de excremento. Cada una representaba una grotesca bestia de piedra, de un metro veinte de altura y con alas membranosas parecidas a las de un murciélago.

Algunas de estas bestias de piedra eran parecidas a dragones, otras mitad hombre y mitad bestia, y otras eran humanoides pero de aspecto primitivo. Algunas estaban agachadas con las alas extendidas, otras con las alas recogidas y plegadas, y luego existían diversas combinaciones de ambas. Los detalles de las estatuas y su postura aleatoria eran tan realistas que podrían haber... Eran criaturas vivientes congeladas en piedra. Se extendían hacia afuera en todas direcciones, cubriendo toda la parte superior del templo.

El templo en sí era notablemente antiguo, compuesto por losas de piedra irregulares talladas mil años antes. Grabados erosionados que representaban a Damos voladores cubrían las paredes exteriores de la estructura; el más abundante era un icono de un dragón con las alas extendidas, completamente rodeado por tres círculos que compartían un centro común. Tres entradas arqueadas bordeaban la fachada del templo, siendo el arco central más alto que los laterales. Tres esculturas de piedra de ocho pies de altura, que representan bestias aladas parecidas a leones, custodiaban el borde izquierdo de cada arco, y sobre cada uno de ellos había una inscripción china distintiva. Leída de derecha a izquierda, la inscripción completa se podría traducir como: «Templo del Dragón Volador».

Jardines bien cuidados rodeaban el templo mientras puentes de teca arqueados se balanceaban de un lado a otro. Cruzando un arroyo serpenteante. Más allá de los bonsáis y las rocas del jardín interior, los huertos de árboles frutales y de nueces, junto con pequeños bosquecillos de árboles de hoja caduca, daban paso a bosques de montaña más agrestes. En el límite de esos jardines cuidados y bosques indómitos, un zorzal chino se posaba en un antiguo ginkgo autóctono, llenando el aire con tonos tranquilos mientras la luz del sol de media mañana se filtraba entre los senderos y los estanques.

Una hilera de monjes vestidos de negro emergió del bosque, avanzando solemnemente por el sendero de piedra que conducía al edificio. Se deslizaban como la niebla por el camino con la cabeza gacha y las manos juntas delante de ellos. Entraron en el templo en silencio absoluto. Dentro, innumerables velas ardían sobre cada superficie horizontal, y el dulce humo del incienso se elevaba en espiral desde recipientes perforados. Las velas y el incienso se combinaban para crear una densa atmósfera de espiritualidad dentro de los muros del templo. Los monjes, ataviados con sus túnicas de seda, atravesaron tres cámaras consecutivas, cada una más grande que la anterior. La última era enorme y su techo cóncavo se elevaba muy por encima de los sacerdotes. Grabados de bestias voladoras. Rodeaban la cúpula del techo. Innumerables líneas e inscripciones que se entrecruzaban marcaban su superficie curva, asemejándose mucho a un detallado mapa astrológico de los cielos.

En el centro de la sala, sobre el suelo pulido, se había practicado un agujero redondo y perfectamente simétrico. El foso era grande, de casi cuatro metros de profundidad. Al igual que el suelo del templo, la pared cilíndrica del agujero era lisa y pulida, y en el centro, a cuatro metros bajo el suelo del templo, se alzaba el sello de piedra. Incluso tras sesenta mil años, la Piedra de la Puerta permanecía impecable e inmaculada, como el día en que engulló a los Vigilantes y gran parte de los cielos.

Cuatro sacerdotes demacrados estaban sentados cerca del borde del foso, con las piernas dobladas y las túnicas recogidas de los hombros, dejando al descubierto pechos estrechos y brazos delgados; su condición decrepita evidenciaba largos períodos de ayuno. El sudor brillaba en sus cuellos tensos y costillas huesudas, y sus ojos ardían en el fondo de cuencas hundidas mientras permanecían sentados como estatuas. En profunda meditación, la procesión de monjes rodeó a los cuatro sacerdotes y se sentaron hombro con hombro, formando un muro sólido alrededor de ellos y del foso. A medida que llegaban más monjes, formaban un segundo círculo, y luego un tercero, hasta que tres anillos concéntricos de hombres santos meditando llenaron la cámara. En el profundo silencio, el crepitar ocasional de las velas encendidas resonaba suavemente a través de la cúpula, como el sonido de un trueno lejano.

Finalmente, tres sacerdotes más entraron en la zona. Dos portaban grandes velas y el tercero caminaba entre ellos, ataviado con túnicas rojas como la sangre fresca. Llevaba en sus manos un antiguo pergamino enrollado. Los tres sacerdotes se detuvieron más allá del círculo de monjes, y el sacerdote de rojo desenrolló el pergamino, revelando columnas de escritura china. El pergamino contenía traducciones de los versículos que estaban inscritos en las superficies de La Piedra de Puerta.

Fuera del templo y en sus alrededores, el único sonido era el gorgoteo del plácido arroyo. El zorzal alzó el vuelo repentinamente, persiguiendo una abeja entre las flores del jardín. Mientras el

El pico del pájaro cantor atrapó a la abeja en el aire, hubo una explosión e instantáneamente La cúpula del templo se hizo añicos, lanzando fragmentos de piedra a cientos de metros de altura. La onda expansiva fue tan violenta que despojó a los árboles más cercanos de sus hojas, y fragmentos de granito y huesos humanos se clavaron en sus troncos chamuscados. Enormes trozos de piedra cayeron sobre el jardín, rompiendo ramas y formando cráteres. La tierra cuidadosamente rastrillada. El polvo y la ceniza se elevaban vertiginosamente sobre el terreno y rodaban ladera abajo como una marea piroclástica.

Lo que quedaba del templo resplandecía con un calor furioso, agrietando las piedras que aún permanecían en pie. Y aún así, la temperatura siguió subiendo, hasta que los lados del liso foso en el epicentro del templo se licuaron como savia que se filtraba. Los árboles chamuscados que rodeaban el templo estallaron en llamas. La Piedra de la Puerta intacta sobresalía del centro del cráter. El agujero en el corazón de la piedra se volvió densamente opaco con una niebla negra biliosa, que comenzó a agitarse y humo que brotaba de la Gatestone como una nube cáustica y viscosa, densa como gases sulfurosos.

La nube se elevó desde el cráter y se pegó al suelo mientras se desplazaba bajo la ceniza más ligera. No se disipó, sino que permaneció acumulada como una sola masa hirviente, causando estragos. la vegetación del jardín a su paso. Luego, en un claro intacto, se detuvo y se agitó en el lugar por un breve instante antes de retorcerse sobre sí misma y coalescer en su centro. Arcos de luz que se asemejaban a una tormenta eléctrica en cúmulos profundos destellaron mientras, en lo profundo de la masa, una forma tomaba forma. Una sombra al principio, evolucionó para adquirir densidad y estructura, y finalmente, tonos de piel. La nube se adelgazó para revelar a una mujer desnuda con alas membranosas extendidas. Su cabello, que le llegaba hasta la cintura, era negro como el ónix ébano y fino como hilo de seda. Sus ojos y uñas eran igualmente negros y brillantes como el rostro de Gatestone, que contrastaba fuertemente con su piel casi translúcida, tan pálida como la Muerte. Su Ángel Su belleza era inigualable, incluso para la propia Eva. Era la impía Lucifael, la Dragona, la seductora Lilith, la brillante Estrella de la Mañana, la antigua Heylel y la Madre Súcubo del Infierno: miles de nombres transmitidos a lo largo de los siglos. El espíritu materializado de Lucifael escupió con voz de muchas mujeres: «¡Una! Quedan dos», suspiró, contemplando atentamente la destrucción.

A su alrededor, la bruma que se disipaba revelaba el paisaje de una pesadilla. Los terrenos del templo eran una ruina humeante y llena de cadáveres. Un campo de oscuridad rodeaba los restos incandescentes del templo, y los jardines exteriores yacían planos y chamuscados, muriendo de sed. El vapor se elevaba del arroyo, ahora negro de hollín y carbón. Los bonsáis crepitaban, ardiendo, y de vez en cuando uno u otro caían a cenizas donde habían estado.

permaneció.

Lucifael se adelantó y recogió del suelo una paloma muerta. Acarició al ave mientras un alma bondadosa. —Todavía no, querida —susurró—. Ven. El pájaro cobró vida de repente, con la cabeza tambaleándose como si tuviera el cuello roto. Ella lo acarició. —En efecto. Vuelve, pequeño. uno.” Sus ojos se abrieron lentamente y se encontraron con los de ella. Aleteó y ella lo agarró del cuello. Se llevó el pájaro a la cara, inhaló profundamente y exhaló una espesa nube sulfurosa sobre el ave que se debatía. Sus plumas brillaron con un resplandor amarillo.

Dentro de la nube rancia, se cernían semillas de aniquilación para prácticamente todo ser vivo en la tierra, pues portaba un germen mortal lo suficientemente vil como para pudrir la faz de Asia y, finalmente, la mayor parte de Europa. El germen era Yersinia pestis, el mismísimo instrumento de la Peste Negra. Lucifael sonrió, instruyendo al pájaro: «Escúchame, pequeño. Transmíteles a los hombres mi palabra: que pronto vendré a reclamar lo que es mío». Lanzó la paloma al aire. Esta dio vueltas y voló hacia el sur mientras Lucifael estallaba en una nube de ceniza rodante, que luego se transformó en la figura de un cuervo. El rostro humeante cruzó el terreno y se zambulló por el agujero de la Piedra de la Puerta.

Torpemente e irregularmente, la paloma se deslizó en espiral por el aire a lo largo de la ladera de la montaña y hacia la llanura. Su sombra rozó los techos de paja de un pequeño asentamiento, huyó a través de un campo y a través de una espesura de bosques. Finalmente, el ave encontró su camino hacia el corazón de un pueblo congestionado. Cayó en picado y se precipitó hacia la tierra, aplastándose contra la pared de listones de un edificio, tras lo cual quedó en el suelo detrás de un puesto de pescado en el bullicioso mercado del pueblo. Al caer la noche y vaciarse el mercado, nadie se percató del pájaro muerto, y en la creciente oscuridad, nadie se quedó para ver la luz pálida y enfermiza que comenzó a emanar del cadáver.

La paloma se puso rígida y se enfrió, pero sus plumas aún brillaban con un resplandor amarillo enfermizo. Al amanecer, un par de ratas negras se toparon con el cadáver. Una rata olfateó. Una de ellas miró fijamente su ojo abierto mientras la otra olía su parte trasera, y ambas, al encontrar el cadáver fresco, lo devoraron. Sin embargo, antes de que terminaran con este macabro festín, un hombre se acercó al puesto de pescado, espantó las moscas de lomo verde y dejó caer un pez grande y de ojos lechosos sobre las toscas tablas del puesto. Las ratas huyeron despavoridas, contagiadas con la enfermedad que albergaba la carne del ave.

Las ratas eran hábiles carroñeras, pero aún más eficientes eran los parásitos que se alimentaban sin ser vistos de los roedores. El bacilo que había viajado al mercado con la paloma del templo se multiplicaba dentro de los cuerpos de las ratas, convirtiéndolas en un guiso viviente y una poción de muerte para las pulgas que las infestaban. Aunque no se vieron muy afectadas por la

Las pulgas, alimentadas con bacterias, se atiborraron de sangre de rata infectada, la cual regurgitaron rápidamente en los cuerpos de sus siguientes huéspedes mientras se preparaban para la siguiente comida. En las dos semanas posteriores a que la paloma cayera como maná en la madriguera del mercado de ratas, las pulgas propagaron el germen a todas las ratas de la aldea.

Las ratas comenzaron a morir, lo que obligó a las pulgas a buscar alimento más saludable. La enfermedad también buscó nuevos focos de reproducción mientras dieztaba la población de roedores, y al propagarse en los estómagos de miles de millones de pulgas, encontró un nuevo huésped: la enfermedad pasó a su siguiente víctima: los humanos.

En esta dulce y soleada mañana, una joven china inspeccionaba manojos atados de jengibre negro apilados sobre un puesto de frutas y verduras a pocos metros del lugar donde había aterrizado la paloma maldita. Señalando un pequeño manojito, la niña le preguntó a la anciana que atendía el puesto cuánto quería por él. La mujer movió siete dedos frente a su sonrisa desdentada. La niña sonrió, aceptando: era un precio justo. La mujer recogió las monedas de la niña y le ofreció el manojito de raíces, pero en ese momento su joven clienta gritó y saltó lejos del puesto. "¡Una rata!" , exclamó, con sus amables facciones contorsionándose de disgusto. "Corrió por encima mi pie.

La mujer rió, agitando la mano con desgana. «Solo son bichos inofensivos», dijo con una sonrisa. «Se han vuelto muy atrevidos con tanta comida por ahí, casi como mascotas».

La niña extendió la mano para recibir su compra, deseando ahora alejarse de la vieja bruja y sus «mascotas». Sintiendo un escozor en el tobillo, retrocedió de nuevo ante el vendedor y levantó el dobladillo de su larga falda para mostrar un pie descalzo. Se inclinó para examinarlo más de cerca, frunciendo el ceño. Al hacerlo, el ancho sombrero de paja que llevaba cayó al suelo, donde un comerciante que pasaba lo pisoteó. La anciana soltó una carcajada, pues parecía divertirse con la más común de las desgracias. La mirada penetrante de la muchacha solo aumentó la risa de la mujer.

«Si todos tuviéramos la mala suerte de tu lado, estaríamos todos muertos al amanecer», se rió a carcajadas. La muchacha, sin captar la gracia de aquella filosofía tan sombría, recogió su sombrero y se lo volvió a poner. La risa burlona de la anciana la siguió mientras se alejaba dando pisotones y desaparecía entre la multitud con un manojito de jengibre, un sombrero sucio y la picadura de una pulga .

Aquel mordisco, por pequeño que fuera, resultaría lo suficientemente grande como para engullir casi la mitad del mundo conocido.

En cuestión de días, el brote de enfermedad resultante arrasó la aldea china como un tsunami. Los niños, los más cercanos a la tierra y a los animales e insectos que se arrastran

Al otro lado, fueron los primeros en enfermar y morir. La tasa de morbilidad de la infección era escalofriante, elevándose a casi el setenta y cinco por ciento. El invierno suave ofrecía las condiciones ideales para la propagación de la enfermedad, y el clima más cálido que se avecinaba sería aún más devastador para los humanos, más propicio para las bacterias. Aunque el infierno no se caracteriza por la alegría, en ese momento de trágica infección humana, Lucifael se regocijó. El hombre estaba maduro. Las condiciones cálidas eran ideales para ofrecer a la Muerte una cosecha abundante, pues la Muerte, siempre alerta, blandía una guadaña afilada y reluciente como un peón experimentado, ansioso por cosechar la abundancia.

Quienes contraían la peste morían repentinamente, ya que el germen destruía por completo su sistema inmunológico. Atacaba los ganglios linfáticos hasta reventarlos, dejándolos inservibles. El cuerpo de la víctima tuvo poco tiempo para defenderse antes de sucumbir por completo. La sangre hemorrágica se acumulaba bajo la piel en manchas negras, y sus fluidos corporales infectados —sangre, sudor y desechos— desprendían un hedor espantoso.

La peste bubónica fue uno de los designios más astutos del Infierno. El aliento de Lucifael era perverso, y su deseo era la aniquilación total de sus adversarios. Así, la plaga era una criatura química cambiante: lo que no lograba en una forma, lo conseguía en otras. La enfermedad se transformaba, y una segunda oleada de infección se extendía por el mundo, seguida de una tercera. La peste neumónica infectaba los pulmones de sus víctimas y se multiplicaba allí con tal rapidez que la cavidad torácica de la desdichada víctima se hinchaba y se llenaba de sangre a los pocos días de la infección. Aunque algunos sobrevivían a la peste bubónica, la peste neumónica no perdonaba a nadie. Peor aún, la infección se transmitía fácilmente a través de la tos o el estornudo: la muerte impregnaba el aire.

La tercera forma de infección resultó ser la más letal de todas. La peste septicémica atacaba la sangre, llenando cada partícula de tejido corporal con el bacilo que se multiplicaba sin control. Las víctimas morían en cuestión de horas, con sus órganos internos literalmente licuados en charcos de sangre altamente infecciosa. Al igual que la peste pulmonar, la infección septicémica era prácticamente mortal en todos los casos.

La peste se propagó rápidamente desde su origen y asoló el campo. Tres cuartas partes de los pueblos y ciudades circundantes, ahora expuestos a la plaga, fueron diezmados en cuestión de días. En las semanas siguientes, cientos de miles de muertos infectados yacían esparcidos por campos abiertos, ya que pocos se atrevían a enterrarlos por temor al contagio. La población de moscas se disparó, y los cadáveres en descomposición se convirtieron en excelentes incubadoras para sus larvas. En las zonas más desarrolladas del país, el hedor de los cadáveres ennegrecidos e hinchados era tan intenso que el olor de un pueblo muerto podía percibirse a casi dieciséis kilómetros a favor del viento.

La migración comenzó cuando decenas de miles de personas buscaron refugio en zonas remotas e inhóspitas.

Incluso en su huida desesperada, los viajeros evitaban las carreteras transitadas, plagadas de restos putrefactos, a veces de pueblos enteros. Los caminos rurales solían estar bloqueados por carros infestados de moscas, aún enganchados a caballos muertos. La muerte y la decadencia estaban por doquier. La peste reinaba y los hombres eran sus esclavos. La Gran Peste segó más de treinta y cinco millones de vidas chinas en dieciséis años de sufrimiento, y aún no se había saciado. La plaga avanzó silenciosamente por Mesopotamia y Asia Menor, devastándolas como lo había hecho con China, extendiéndose por continentes enteros como una horda vengativa y saqueadora.

La enfermedad se extendió por todos los rincones de la civilización asiática, siguiendo las rutas comerciales que atravesaban el corazón de Mongolia. La Ruta de la Seda, antigua ruta de caravanas que transportaba mercancías de Oriente al Mediterráneo, ahora llevaba a la sierva de la Muerte hacia Europa. En efecto, la Muerte se cernía sobre la tierra como una brisa fétida, contaminando el aire con el hedor rancio de la putrefacción. Su hedor inmundado era capaz de anestesiar incluso los cielos. Así sucedió, como invariablemente suceden los acontecimientos horribles en la historia, que el mensaje de Lucifael resonó por todas las tierras: pronto reclamaría lo que le pertenecía.

[Fin del capítulo 1]



Esta obra literaria fue creada d exclusivamente en dedicación de

Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~